

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—OCTAVIO PICCOLOMINI.  
QUESTENBERG.

OCTAVIO. (Todavía desde lejos.)—¿Cómo? ¿Más huéspedes aún? ¡Confesadlo, pues, amigos! Sólo merced á esta guerra deplorable, se reúnen tantas cabezas famosas de innumerables héroes en el recinto estrecho de un campamento.

QUESTENBERG.—Que no venga al campamento de Friedlandia quien haya de pensar mal de la guerra. Casi hubiera olvidado yo sus consecuencias observando el talento superior que preside á este orden, con el cual se devasta el orbe, y la grandeza que resplandece en cuanto hace.

OCTAVIO.—Y ved aquí una valiente pareja, que cierra dignamente este círculo de héroes, el Conde Isolani y el coronel Butler... Ya tenemos á la vista todo el misterio del arte de la guerra. (Presentando á Butler é Isolani.) Esta es la fuerza, amigos, y la rapidez.

QUESTENBERG. (A Octavio.)—Y entre ambas cosas el consejo de la experiencia.

OCTAVIO. (Presentando Questenberg á aquéllos.)—El chambelán y consejero de guerra Questenberg, el encargado de ejecutar las órdenes del Emperador, el gran favorecedor y protector de los soldados, á quien honramos en la persona de este digno huésped. (Silencio general.)

ILLO. (Acercándose á Questenberg.)—No es esta la vez primera, señor Ministro, que nos honráis con vuestra presencia.

QUESTENBERG.—En otra ocasión me he visto delante de estas banderas.

ILLO.—¿Y sabéis en dónde fué? En Znaim, en la Moravia, á donde llegasteis de orden del Emperador, para rogar al Duque que se pusiese de nuevo al frente del regimiento.

QUESTENBERG.—¿Para rogarle, señor General? Ni fué tan allá mi comisión, que yo sepa, ni mi celo.

ILLO.—Para obligarlo, si os agrada. Lo recuerdo perfectamente. El Conde Tilly acababa de ser derrotado junto al Lech... Baviera quedaba abierta al enemigo... ningún obstáculo le impedía penetrar hasta el corazón del Austria. Entonces os presentasteis con Werdenberg ante nuestro General, asaltándolo con súplicas, y amenazándole que incurriría en la desgracia del Emperador, si no se condolía de tanta desdicha.

ISOLANI. (Interviniendo.)—¡Sí, sí! Es fácil de comprender, señor Ministro, por qué no queréis recordar aquella otra comisión, trayendo ahora ésta.

QUESTENBERG.—¿Por qué no? No hay entre ambas la menor contradicción. Tratábase entonces de arrancar la Bohemia de las manos del enemigo; hoy debo librarla de las de sus amigos y protectores.

ILLO.—¡Soberbio encargo! Despues que, á costa de nuestra sangre, expulsamos de esta Bohemia á los sajones, se intenta pagárnoslo arrojándonos también de su territorio.

QUESTENBERG.—A no trocar una desdicha por otra, este país desventurado ha de verse libre del azote de sus amigos y enemigos.

ILLO.—¿Cómo! El año ha sido bueno, y el labrador puede pagar ya con desahogo.

QUESTENBERG.—Seguramente, señor Feldmariscal, si habláis de ganados y de pastos...

ISOLANI.—La guerra alimenta á la guerra. Si; si los labradores sucumben, en cambio gana el Emperador soldados.



QUESTENBERG.—Y á proporción se harán más escasos sus súbditos.

ISOLANI.—¡Qué diablo! Todos nosotros somos súbditos suyos.

QUESTENBERG.—Con una diferencia, señor Conde. Los unos, con ventaja, llenan sus bolsillos en virtud de su trabajo, y los otros sólo saben vaciarlos de lo lindo. La espada ha empobrecido al Emperador, y sólo el arado puede enriquecerlo de nuevo.

BUTLER.—No sería pobre el Emperador, si no hubiese tantas... sanguijuelas que chupasen la riqueza del país.

ISOLANI.—Aun no hemos llegado á ese extremo. Por lo que veo (Adelantándose y señalando al uniforme de Questenberg), falta mucho todavía para que todo el oro se convierta en moneda.

QUESTENBERG.—A Dios gracias, algo ha podido escapar... de las manos de los croatas.

ILLO.—Cuando Slawata y Martinitz, en los cuales el Emperador, con enojo de todos los buenos bohemios, acumula favores y gracias, se rellenan... robando á ciudadanos desterrados... engordan con el daño común, y sólo maduran con la universal desdicha..., y se burlan con su regia pompa de las plagas de la nación... ellos y sus iguales debieran pagar la guerra destructora, que ellos solos también encendieron.

BUTLER.—Y estos parásitos, que viven á costa del país, y cuyos pies están siempre bajo la mesa del Emperador, corriendo hambrientos detrás de todos los beneficios, escatimando el pan al soldado en presencia del enemigo, y poniendo reparos á las cuentas.

ISOLANI.—Toda mi vida me acordaré de la ocasión en que estuve en Viena, por la remonta para nuestro regimiento: hicieronme rodar de antesala en antesala, dejándome largas horas entre los cortesanos, como si hubiera

ido á mendigar algún favor. Al fin... me enviaron un capuchino, creyendo yo que para confesarme de mis pecados. Pero no; era el personaje con quien debía yo tratar el asunto de los caballos. Me vine sin ultimarle, y el Príncipe, á los tres días, logró lo que en treinta no pude obtener en Viena.

QUESTENBERG.—¡Sí, sí! Consta seguramente en las cuentas, y sé que queda algo por pagar.

ILLO.—La guerra es un estado de fuerza y violencia. Nada se adelanta con la dulzura, ni es posible respetarlo todo. Si se conviniera en que la corte eligiese la menor desdicha entre veinticuatro, ¡largo tiempo esperaríamos!... Lo mejor es lanzarse sin miedo á la mar, y sea lo que Dios quiera... Los hombres, por lo general, se acomodan á las costuras y remiendos, y prefieren una necesidad odiosa á una elección amarga.

QUESTENBERG.—Sí, es cierto. El Príncipe nos ahorra la elección.

ILLO.—El Príncipe cuida como un padre de sus tropas, y ya vemos cómo piensa el Emperador de nosotros.

QUESTENBERG.—Su corazón es el mismo para todos, y no puede sacrificar unos á otros.

ISOLANI.—Por eso nos echa al desierto con los animales carniceros, para guardar mejor sus queridas ovejas.

QUESTENBERG. (Con sarcasmo.)—¡Señor Conde! La comparación es de usted... no mía.

ILLO.—Sin embargo, si fuésemos como nos juzgan en la corte, sería quizás peligroso darnos la libertad.

QUESTENBERG. (Con formalidad.)—Esa libertad se habrá tomado, no concedido, y lo que urge, por tanto, es refrenarla.

ILLO.—Acaso se tropezará con un caballo salvaje.

QUESTENBERG.—Lo domará mejor jinete.

ILLO.— Sólo sufre á quien lo ha domado.



QUESTENBERG. — Si está domado, seguirá también á un niño.

ILLO. — Ya, según sé, se ha encontrado á ese niño.

QUESTENBERG. — Cuidaos de cumplir vuestro deber, y no de cómo se llama.

BUTLER. (Que se adelanta, habiendo estado aparte hasta entonces con Piccolomini, aunque interesándose visiblemente en la conversacion.) ¡Señor Presidente! El Emperador tiene en Alemania un ejército importante; habrá acampados en este reino unos treinta mil hombres, y diez y seis mil en la Silesia; diez regimientos en el Weser, el Rhin y el Mein; y en la Suabia seis, y doce en la Baviera, hacen frente á los suecos. No hablo de las guarniciones, que pululan en las fronteras de las plazas fuertes. Todos obedecen á los generales del Duque. Quienes los mandan han estado en la misma escuela, han mamado la misma leche, y un mismo corazón late en sus pechos. Extranjeros en esta tierra, el servicio es su único hogar, su única patria. El amor á aquella no los inspira, porque miles como yo son de otros países. Tampoco los mueve la adhesión al Emperador, porque la mitad son fugitivos de naciones extrañas, y poco les importa pelear por el águila de dos cabezas, por el león, ó por las flores de lis. Uno solo los refrena con vigor, y por el amor y por el miedo, forma de ellos un verdadero pueblo. Y así como la chispa eléctrica del rayo corre segura y veloz por los hilos conductores, de la misma manera sus órdenes, desde los últimos puestos avanzados, que oyen mugir el Belt en las dunas, ó que contemplan los fértiles valles del Adige, circulan hasta los centinelas cuyas garitas se elevan junto al palacio del Emperador.

QUESTENBERG. — Y ¿cuál es el sentido, el compendio, de tan larga perorata?

BUTLER. — Que el respeto, el afecto y la confianza que

nos inclina á obedecer al Duque de Friedlandia, no se traspasa por encanto al primer recién venido, que nos envíe la corte de Viena. Recordamos además perfectamente cómo vino al mando nuestro General. ¿Fué acaso la Majestad Imperial la que le confió un ejército, ya organizado, tomándose sólo el trabajo de poner un jefe á su frente?... Ni ejército había tampoco. El Duque hubo de formarlo, no recibió ninguno... y lo dió al Emperador. No fué éste quien nombró general á Wallenstein. ¡No fué así, no! De Wallenstein aceptamos por soberano al Emperador, y él, él solo es quien nos tiene reunidos bajo sus banderas.

OCTAVIO. (Adelantándose entre los dos.) — Tenei presente, señor Consejero de la guerra, que os encontráis en un campamento y entre militares. La audacia y la libertad forman al soldado; y si ha de obrar con energía, ¿cómo no hablar lo mismo?... Una cosa es el efecto de la otra. La osadía de este digno oficial, (Señalando á Butler.) que se equivoca ahora de objeto, conservó para el Emperador, cuando sólo el atrevimiento era la prenda de salvación, la ciudad de Praga, amenazada de un formidable motín de su guarnición. (Óyese á lo lejos música guerrera.)

ILLO. — ¡Ellas son! La guardia saluda. — Esta señal nos anuncia que llega la Princesa.

OCTAVIO. (A Questenberg.) — Mi hijo Maximiliano estará también de vuelta. Las ha traído y escoltado desde la Carintia.

ISOLANI. (A Illo.) ¿Vamos juntos á darles la bienvenida?

ILLO. — Bueno; vamos allá. ¿Venís, coronel Butler? (A Octavio.) Recordad que, antes del mediodía, nos reuniremos con este señor en el aposento del Príncipe.